

## LOS SACERDOTES.

Aparta, extranjera. ¿Qué sabes tú de nuestros dioses? Ni siquiera conocemos el nombre de tu oscuro pueblo.

## ORIEL.

Muero contento, porque muero llorado. Esas lágrimas harían palpar de alegría mis cenizas en el fondo de la tierra. Mujer, ruega por mí á tu Dios.

SARA (*á los sacerdotes*).

¿No oís la tempestad? Ese trueno es la voz de mi Dios, que hiende los espacios, ese relámpago el reflejo de su mirar airado, esas nubes el carro en que viene á traer su castigo, ese huracán las alas de fuego de los ángeles de sus venganzas, y pronto sereis todos consumidos.

## LOS SACERDOTES.

Acabemos pronto, pronto, el sacrificio.

## SARA.

¡Piedad, piedad!

LOS ÁNGELES (*invisibles en los aires*).

Mirad á Oriel, al elegido de Dios, que en la noche tremenda del caos agitaba con sus celestes alas todas las tinieblas, y entre sus manos modelaba como blanda cera los candentes mundos, y los doraba con el rayo de luz recogida en la mirada de Dios, y los exparcía por los espacios vírgenes, enseñando á cada uno á murmurar una plegaria y á producir en su primer movimiento una dulce mística armonía que era como la candida ilusión del Universo, como la primera festividad de la vida. Recordadlo, cuando envuelto en su túnica celeste, coronado con los rayos de la luz increada, embebido en reflejar la divina esencia en sus ojos, agitando sus blancas alas que producían armoniosas cadencias en el éter, primera explosión de la materia enrojecida aún en el fuego de la palabra divina, sembraba en lo infinito por mandato de Dios mundos y soles, depositando en ellos el divino ideal de toda la creación, y elevándolos como sagradas hostias en sus inmaculadas manos al Eterno sobre el divino altar de la naturaleza. Ese es aquel que vagaba por lo infinito, que señalaba á cada sol su centro, á cada mundo su órbita, y colgaba allá en los confines

del Universo, como blanco velo nupcial sobre casto lecho de amores, las plateadas gasas de las estrellas nebulosas, semillero de mundos, primeras palpitations de vida, estelas perdidas en el océano de lo infinito. Nosotros, ángeles del cielo, le seguíamos de léjos, perdidos en las áureas sonrosadas nubes de la primera inmaculada materia, y oíamos extáticos las ardientes notas que con sus dedos arrancaba á su arpa de oro, y el cántico infinito con que las estrellas del cielo acompañaban su voz cuando se suspendía sobre el Universo recién creado como la mariposa sobre la flor. Y el que asistió á la primer mañana del mundo; el que enseñó sus armonías á los globos de luz que ruedan por los espacios infinitos; el que llevaba la palabra del Eterno en sus rosados lábios á toda la naturaleza; perdida su hermosura, arrancadas sus alas, extinguido su cántico, rota en sus manos la lira, sin conciencia de lo que fué, sin esperanza de lo que puede ser, sin recuerdo alguno de aquel cielo donde nació, sin idea del Eterno, en cuyo blando regazo reclinaba la frente cuando volvía de su largo camino por los espacios, está ahí, con las manos atadas á la espalda, las rodillas hundidas en el polvo, los ojos sin luz, el corazón aprisionado en falsos amores, aguar-

dando á que un sacerdote le clave la tajante cuchilla é inmole sin piedad una vida que era la exaltacion y la gloria del Universo. Señor, Señor, ¿consentirás que perezca? No: salvémosle.

## ORIEL.

Oigo una armonía deliciosa. La vida se despide ¡ay! de mí con sus más hermosos y regalados cantares. Pronto, pronto deberá caer la cuchilla sobre mi cuello. Adios, último reflejo de la esperanza, que te apagas con el último destello de la existencia.

## EL GRAN SACERDOTE.

Levantemos la cuchilla. (*Brilla un relámpago*). ¡Qué horror! La cólera de Belo se refleja en las negras nubes. (*Suenan prolongados truenos.*) La tierra, envuelta entre nubes, parece el león caleturiento que ruge de rabia en su oscura madriguera. ¿Qué nos querrán nuestros dioses, cuando tan irritados hablan por la voz de sus tempestades? (*Se oye gran rumor de armas.*) Los bárbaros llegan hasta la puerta del templo. ¡Ah! Ya la rompen. Ya cae á los golpes de sus hachas. Entran, y á todos hieren, y todo lo profanan. Belo, Belo, sálvanos. (*Arroja la cuchilla y huye.*

*Oriel se levanta. Innumerables guerreros inundan el templo con espadas ensangrentadas en las manos).*

LOS GUERREROS.

Desnudos, montados en nuestros caballos salvajes que vuelan como el viento, hiriendo con nuestras armas la tierra que despide chispas cual la tempestuosa nube ardientes centellas, perdidos en las abrasadas espirales de las arenas del desierto como en la cólera del génio de las tinieblas bebiendo á torrentes la sangre repartida de mano en mano en los cráneos de nuestros enemigos, hemos aniquilado pueblos como el incendio consume árboles en el bosque, hemos aplastado bajo nuestros piés vientres humanos como el labrador aplasta uvas en sus lagares, hemos talado campos dejándolos yermos para siempre á manera de voraces langostas, hemos iluminado nuestro camino con el fuego prendido á las ruinas de mil ciudades; de suerte que la destruccion ha sido nuestro númen, el incendio nuestra guía, la sangre nuestra bebida, y la muerte nuestro triunfo. Y en esa larga carrera, ébrios de sangre, desvanecidos con el olor de los cadáveres, aturdidos con los gritos y las maldiciones de nuestras víctimas, sofocados

por el humo de los incendios, heridos por las alas de los cuervos que venian al olor de la matanza, locos por nuestras victorias y el placer de derribar ciudades como el segador derriba con su hoz espigas, un grito escapado de todas las roncás gargantas nos alentaba; el grito de Babilonia, reina de Oriente, que habia de ser el primero y el más grande de todos nuestros despojos. Y aquí hemos pisoteado reyes, hemos violado hermosas vírgenes cuando estaban en el estertor de la agonia, hemos bebido sangre en los vasos de los templos, hemos calentado el veneno de nuestras flechas en hogueras alimentadas por cuerpos de esfinges y de dioses. Derrocaremos estas pirámides, esparciremos las piedras de estas capillas, fundiremos al fuego en que arde la ciudad sus mesas y sus cráteres de oro, pulverizaremos sus grandes colosos, romperemos las tablas astronómicas, desbandaremos sus sacerdotes, arrojaremos á las hogueras sus vírgenes, y en torno de esta inmensa pira, que cubrirá con sus nubes de humo el cielo, danzaremos aullando, como el feroz tigre ya harto hunde sus uñas en la presa por el contento que le causa revolcarse en los miembros palpitantes y respirar el hedor de la sangre.

ORIEL.

Me han salvado. Pero ¡qué horror! Las espadas de esos bárbaros se clavan en todos los pechos. Las vírgenes caen sobre el ara exánimes. Los sacerdotes quieren huir, se resbalan en la sangre que corre por el pavimento, se desploman, y son inmolados por la hambrienta espada de sus enemigos. El pueblo, horrorizado, sin saber defenderse, entrega el cuello como la oveja al sacrificador. Un grito horrible puebla los aires. Un río de sangre empapa la tierra. Bandadas de gente dispersa corren por todas partes. Las madres se llevan sus hijos en los brazos, y á lo mejor un soldado se los arranca del maternal regazo y los arroja á las llamas. ¡Qué horror! ¡qué horror! Valdria antes cegar que ver tantas víctimas, tanta sangre, tantas cabezas rodando, tantos miembros mutilados, tanta desesperacion y amargura.

UN GUERRERO (*acercándose á Oriel*).

¿Tú eres aquí extranjero?

ORIEL.

Sí.

EL GUERRERO.

Te libertamos de la comun desgracia, y serás desde hoy esclavo de mi rey.

OTRO GUERRERO (*que trae á Sara*).

Esta mujer es tambien extranjera. Al carro de guerra, porque es un don para el rey. (*Sara y Oriel son maniatados en carros de guerra como despojos de la batalla.*)

ORIEL (*á los guerreros*).

¿Y Ninias?

UN GUERRERO.

Ha muerto herido por mi flecha.

ORIEL.

¿Qué gran clamoreo es ese?

UN GUERRERO.

Es el confuso graznar de los cuervos que hambrientos se ceban en el cadáver de Babilonia.

LOS ANGELES (*subiendo al cielo*).

Señor, ¿ha sonado la hora de la redencion del esclavo?

UNA VOZ EN LA ETERNIDAD.

No... no...

LOS ANGELES.

Anda, misero esclavo, sobre la tierra empapada con tus lágrimas. Rodarán los imperios en el polvo, pasarán como bandadas de buitres los señores del Asia, caerán unos sobre otros los templos como los árboles de un bosque azotado por los huracanes, huirán los dioses del Oriente como del nido huyen los pajarillos que ven crecidas sus alas, y tú, pobre esclavo, negra piedra, seco tronco, sobrevivirás á tantas ruinas, viendo trasformarse todo en el Universo, ménos tu dolor, eterna gota de hiel que siempre quedará en el fondo de estas sociedades. Sigue tu camino sembrado de abrojos. El sacerdote de estos ídolos te arrastrará á sus aras para ofrecerte en holocausto; el déspota te hará instrumento de sus crímenes y de sus venganzas; el guerrero te llevará ceñido á la cola de su caballo para que extermines á sus enemigos; el sabio pasará por tu lado menospreciándote, sin comprender el misterio que llevas en tu conciencia, más sublime que los misterios de los astros en el cielo; el mercader te arrastrará á sus mercados á venderte por cualquier precio, y todas

las razas de la tierra escupirán hiel á tu rostro, maldiciones á tu alma. Y ninguno de los que pasen á tu lado comprenderá que tu alma es más pura que la primer luz que brotó sobre el Universo, y tu aliento más vivificador que el primer soplo de brisa que exhalaban los mares al rodar en los espacios, y tu idea más luminosa que el primer sol que se alzaba en la inmensidad desierta sacudiendo mundos y cometas de su agitada cabellera de fuego, y tu origen tan divino como el origen de los ángeles que llevaban en sus alas al través de las trombas y de los torbellinos bituminosos del caos la bendición de Dios á la naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Las castas te despreciarán, y ni siquiera dejarán escrito tu recuerdo en la conciencia de la humanidad. Pero algun día te vengará la eterna justicia, reivindicando para ti el númen de los tiempos y de las civilizaciones. Y cuando se desentierren las piedras de los templos y de los palacios, y se vea en ellas las manchas de tu sudor y de tu sangre; y se busquen los cimientos de los imperios, y se vea que el único cimiento eran tus espaldas; y se escarbe en la arena para encontrar los restos de los dioses, y se revele con asombro que tu cincel era la inspiración y la vida; el mundo te levantará un altar,

la humanidad llorará con lágrimas y sangre tus dolores, las arpas de los poetas entonarán eternas elegías á tu historia, y merecerás que el mismo Dios abandone su trono de nubes, su corona de estrellas, para redimirte y exaltar á su verdadera dignidad tu oscurecida naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Aún te quedan largas horas de martirio. Te encontrarás en el desierto, y cuando suene la trompa guerrera y se lancen furiosos unos contra otros los ejércitos, como el viento se lanza sobre las olas y las olas se arremolinan en el viento, creerás que del choque de las espadas, de las centellas que lanzan los escudos, de la nube de polvo que cubre el horizonte, del encuentro de los encendidos carros, va á salir una llama que derrita tus cadenas, y sólo alcanzarás sentir las con mayor pesadumbre en tus destrozados hombros. Te hallarás en un bosque, libre, errante, viendo á tus piés el mundo y sobre tu cabeza el cielo, entregado á escuchar el ruido de la sonante catarata, el concierto que elevan en alas de las áuras á Dios todos los seres, desde el insecto que zumba en el polvo hasta el cuadrúpedo que ahulla en la selva, y desde el cuadrúpedo que ahulla en la selva hasta el ave que canta en los vientos; y cuando creas segura allí tu vida, se ar-

rojará sobre tí el bandido de los cercanos pueblos, y con una argolla al cuello te llevará al mercado para venderte por un pedazo de lino que cubra sus carnes, por un bocado de pan que mate su hambre. Vagarás por los mares en las naves que el hombre te obligará á formar de los grandes pinos y de los altos cedros. Y al ver la inmensidad sobre tu cabeza y bajo tus piés, los húmedos vientos que vuelan levantando espumas, las olas que hierven, los astros que se retratan en la líquida superficie, las celestes aguas que se pierden allá en los ilimitados horizontes; al oír el ruido del mar que habla con la voz de sus corrientes y de sus brisas, la tempestad que muge y hace palpitar los abismos del Océano; en aquel templo donde lo infinito se revela con toda su majestad al hombre, te creerás libre, y al querer usar de esa libertad te hallarás más esclavo que el pólipo pegado á la roca ó la cinta de alga vomitada por las aguas en la arenosa ribera. Llegarás á un bosque de mirtos y lentiscos, cubierto de yedra y de azules campanillas que broten de las hermosas enredaderas, y entre las sombras que las verdes ramas extiendan en la yerba bordada de flores y ceñida de parleros arroyos que compitan en sus blandos susurros con las canoras

aves, verás tendidos, pulsando arpas y cítaras, coros de poetas que llenen los perfumados aires con los lamentos de los grandes dolores; y al mostrarles tu corazón herido, tu alma oscurecida, la cadena que se ha clavado hasta en tus huesos, el reguero de lágrimas y sangre que has dejado sobre toda la tierra, no sabrán sacar de tus dolores ni un cántico, y continuarán sin derramar por ti una lágrima, cantando otras penas que no son tan duras como tu horrible pena. Descubrirás en tu larga peregrinación una inmensa hoguera alimentada por los yertos troncos de cien generaciones de pueblos, y al rededor de esa hoguera danzando legiones de guerreros que á la ardiente lumbre forjen sus espadas más encendidas que el rayo vibrado por la mano de Dios; y cuando veas arrojar en esa ardiente hoguera dioses, aras, cetros, templos, razas, como el leñador arroja ramas secas á la lumbre que vuelve las perdidas fuerzas á su aterido cuerpo, creerás que va á salir de allí una luz de libertad, y sólo aparecerá inmensa nube de humo, entre cuyas sombras se abrazarán y se confundirán las gentes como se abrazan en la desierta orilla dos navegantes que se han salvado de horroroso naufragio. Pero tu libertad, tu derecho, tu familia, tu ho-

gar, tu pensamiento, tu conciencia, tu Dios, sólo podrás encontrarlos el día que caiga sobre la tierra una lágrima bastante á lavarla de sus manchas, y se celebre en el altar de los cielos un sacrificio inmaculado, y una gota de sangre dulcifique toda la amargura de la vida, y un rayo de luz encienda en divino amor el alma; y al llamar al dintel del sepulcro alcances que se abren las puertas del cielo para que renazcan tus alas de gasa, tu guirnalda en la frente, y vuelvas á agitar con tu vuelo reposado y tranquilo el luminoso éther, que animado por el amor florezca en nuevos mundos, cuyos conciertos produzcan en las esferas, incommunicables y divinas armonías como nuevo y no aprendido canto de la restaurada naturaleza. En tu noche, pues, brilla alguna estrella. En tu desierto brota alguna flor. En tu tristeza cae alguna lágrima. En tu dolor se ve brotar alguna esperanza. Para tu esclavitud habrá, sí, habrá REDENCION. Sigue, misero esclavo, tu camino por la tierra empapada con tus lágrimas.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.